

EL EXPANSIONISMO RUSO, UNA CONSTANTE HISTORICA*

Eri Solís Oyarzún
Contraalmirante

Nación esencialmente conquistadora y ávida a fuerza de privaciones, que expedía por anticipado en sí misma, con una sumisión envilecedora, la esperanza de ejercer la tiranía sobre los demás. "La Russie en 1839", Marquez de Costine.

Rusia nació y se desarrolló como nación en las vastas estepas que nacen en los montes Urales y se extienden casi ininterrumpidamente hacia el oeste; estas espaciosas y fértiles llanuras constituyen el eslabón de unión entre Oriente y Occidente. Desde la antigüedad esta región sirvió de ancho camino para el paso de las hordas de pueblos nómadas que brotaron del fecundo vientre de Asia, los que en su implacable y terrorífico avance empujaron hacia el poniente a los pueblos bárbaros que pastoreaban en la región, convulsionando periódicamente a Europa y sus imperios.

El nacimiento de Rusia se remonta al siglo IX, época en que los pueblos nórdicos, utilizando las largas vías fluviales que ofrecen los ríos que surcan el suelo de Rusia Blanca, se establecieron en sus orillas para controlar y medrar del activo comercio que fluía en esa época entre el mar Báltico y el mar Negro. Un príncipe vikingo, llamado Rurik el Normando, se asentó en Novgorod sometiendo bajo su dominio a extensos territorios aledaños y a sus pacíficos y desorganizados habitantes eslavos, instaurando una dinastía que dirigió los destinos de Rusia hasta el primer decenio del siglo XVII.

El naciente reino vivió una agitada y accidentada infancia, similar a la de sus congéneres europeos, con la diferencia de estar mucho más expuesto a los embates provenientes del levante; por esta situación, Rusia debió soportar por largo tiempo el tutelaje de los kanes mogoles, vasallaje que moldeó el carácter nacional ruso, mezcla difusa entre el oriental y el occidental, como afirma un historiador. "El alejamiento de Rusia de la cultura y de la vida occidentales, aunque fuera en gran parte el resultado de la invasión mogol, no fue nunca considerado en Moscú como una desgracia. Moscú se adaptó al espíritu tártaro y a la herencia ideológica de los mogoles" (1).

Rusia, lenta y paulatinamente, se fue consolidando como Estado-Nación; Iván III el Grande afianzó definitivamente su independencia, cuando a fines del siglo XV rompió los últimos vestigios del ya debilitado dominio tártaro, iniciando además la expansión territorial de Rusia, activo proceso cuyo impulso vital se mantiene intacto hasta nuestros días. Este soberano se destaca en atención a que en su empresa imperialista empleó dos instrumentos ideológicos, los que no perdieron vigencia durante siglos: el paneslavismo y la religión; esta última herramienta es

(*) Este artículo es el primero de una serie de tres que *Revista de Marina* publicará sucesivamente.

(1) *Historia de Rusia*, N. Brian-Chaninov, p. 20

aplicada hoy por Moscú bajo otro aspecto, aprovechando una característica muy especial del pueblo ruso, que al igual que el judío es intrínsecamente mesiánico, condición que describe un genial escritor ruso. Dostoiewski, en *Los Endemoniados*, escribía que el pueblo ruso era el único teófaro (portador de Dios); que era el único entre los pueblos que poseía el verdadero Dios, y que el segundo advenimiento tendría lugar en Rusia... Un pueblo verdaderamente grande, decía, no se contentará jamás con un papel secundario en la Humanidad; necesita todo el primer puesto para sí, el papel protagonista único. (2).

Iván III, mediante su matrimonio con una descendiente del último emperador bizantino, pudo proclamarse el heredero espiritual de este antiguo Imperio, adoptando como símbolo que reflejaba esta pretensión el aguila bicéfala de Bizancio; además, se autodesignó la cabeza visible en la Tierra de la iglesia ortodoxa e hizo de Moscú su capital religiosa, denominándola la tercera Roma, heredera de la segunda Constantinopla, ya en poder de los turcos. Equipado con estas poderosas armas político-ideológicas se lanzó a la conquista de nuevos territorios, sosteniendo una serie de afortunadas guerras con sus vecinos, ampliando extensamente sus posesiones.

El inmediato continuador de la obra emprendida por Iván III fue Iván IV el Terrible, quien bajo su doble condición de Papa y César ejerció el poder en forma ilimitada, característica del régimen ruso hasta nuestros días; en su expansión consigue penetrar profundamente hacia el este y el sureste, y —combatiendo a sus antiguos años, los kanes tártaros— logra apoderarse de enormes regiones, hasta el interior de Siberia. Rusia, que hasta ese entonces era un país eslavo racialmente homogéneo, incorporó a sus dominios numerosos grupos étnicos orientales, convirtiéndose en un Imperio multirracial,

otra característica que conserva hasta la actualidad.

Después de un confuso y turbulento período causado por disensiones internas y crueles conflictos por la sucesión del trono, que hacen recordar los métodos de sucesión empleados típicamente por el régimen comunista, la estirpe de los Rurik, en 1613, es reemplazada por la casa eslava de los Romanov, que reina en Rusia hasta 1917, año en que "la monarquía zarista", el gobierno más "reaccionario y más bárbaro, el que oprime a un mayor número de naciones y a la mayor masa de población en Europa y Asia" (3), es reemplazado por otro régimen aún más despótico y deshumanizado, la dictadura comunista. Es así cómo el pueblo ruso nunca ha conocido la libertad, ni menos la democracia, pues, como afirma dramáticamente Solzhenitsyn, "Allá somos esclavos de nacimiento. Nacemos esclavos. Yo ya no soy joven y yo mismo nací esclavo; esto es más cierto aún para los que son más jóvenes. Somos esclavos, pero estamos luchando por la libertad". (4)

Durante los tres siglos del autocrático reinado de los Romanov, el imperio ruso adquirió dimensiones colosales, convirtiéndose en un estado-continente; así adquirió la categoría de gran potencia que le permitía gravitar poderosamente en los problemas principales que preocupaban a Europa, centro del poder político de la época. Sin embargo, el proceso imperialista ruso presenta una curiosa particularidad que contrasta con el resto de las grandes potencias europeas, que generalmente basaron su poder y crecimiento en la posesión de colonias de ultramar.

El colonialismo ruso, en cambio, se desarrolló sólo por vía terrestre y mediante el activo empleo de sus ejércitos, que subyugaron en innumerables campañas a naciones vecinas, tales como Polonia, Finlandia, los Estados Bálticos, Ucrania,

(2) *Historia de la Guerra Fría*, Andre Fontaine, tomo I, p. 20.

(3) *Obras escogidas*, Lenin, p. 746.

(4) *Denuncia*, Alexander Solzhenitsyn, p. 81.

Besarabia, las regiones caucásicas, Turquestán, Samarkanda, Bujara, Mongolia, Manchuria, etc. En 1914, año de inicio de la Primera Guerra Mundial, el Imperio ruso se extendía en la dirección oeste-este, desde el océano Pacífico hasta sólo 128 kilómetros de Berlín, y en el eje norte-sur desde el océano Ártico hasta los límites con sus vecinos meridionales: Turquía, Persia, India, China, etc.

La desastrosa derrota sufrida por los Ejércitos rusos en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, acarrió para el país dos trascendentales consecuencias políticas. En primer lugar, debió ceder extensos territorios, liberando a numerosos pueblos sojuzgados por los zares, que dieron origen a las repúblicas de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia; en segundo lugar, y más importante, se produjo el colapso del autocrático y corrompido régimen de los zares, lo que produjo un caótico vacío de poder, circunstancias que aprovechó un pequeño pero audaz grupo revolucionario comunista, capitaneado por Lenin, que logra apoderarse férreamente de las riendas del bamboleante Estado.

En corto tiempo, los nuevos detentores del poder se convierten en los dignos sucesores de los césares-papas, de los cuales heredaron sus principales características como régimen autocrático y mesiánico, puesto que tales flamantes gobernantes también constituyen la cabeza visible de la novel religión que substituyó la Biblia por *el Capital* de Carlos Marx y la cruz griega por la hoz y el martillo, puestos en cruz; Moscú continuó siendo la capital espiritual de esta original religión, ahora como una cuarta Roma, cuya nueva fe ofrece a sus creyentes un indefinido y confuso Paraíso en la Tierra, ya que "el mundo proletario va a derrotar al mundo de la burguesía y va a surgir entonces la sociedad más feliz y radiante. Las fantasías de Marx, Engels y Lenin se interrumpen en este punto; ninguna de ellas va más allá para descubrir cómo sería esa sociedad. Sencillamente, dijeron la socie-

dad más feliz, más radiante. Todo para el bien del hombre". (5).

Los zares rojos reemplazaron los gastados instrumentos político-ideológicos de sus antecesores por otros de mayor eficacia, mediante los cuales amplían sus metas hegemónicas que ahora buscan la dominación mundial, sustituyendo la religión ortodoxa por el comunismo internacional y el obsoleto paneslavismo por la seguridad colectiva del mundo comunista.

Después que Lenin lograra consolidar su tiránico régimen en Rusia, Stalin dio los primeros pasos en la cruzada subversiva mundial, la que no rindió mayores frutos y en muchos casos tuvo efectos negativos. La oportunidad se le presentó a Moscú cuando estalló la mayor conflagración bélica que ha azotado a la Humanidad, la Segunda Guerra Mundial, en la que Stalin fue el catalizador de su estallido al firmar con Hitler un "Tratado de no agresión" que, en lo inmediato, le permitió apoderarse casi sin ningún sacrificio de la mitad de Polonia, de los Estados Bálticos y parte de Finlandia y Rumania, además de lograr la promesa de Hitler de obtener bases en los estrechos turcos.

Cuando, a su vez, Rusia fue agredida por la Alemania nazi, Gran Bretaña, primero, y Norteamérica, después, la integraron incondicionalmente entre los Aliados, olvidándose de sus agresiones a países prácticamente indefensos; al término del conflicto, gracias a la miopía política de Roosevelt y Churchill, "Stalin, el supremo realista, y cuya estrategia había guardado siempre relación con su política, había podido imponer su culto mesiánico sobre Estonia, Letonia, Lituania, parte de Finlandia, Polonia, Alemania oriental y central, un tercio de Austria, Yugoslavia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Viena, Praga y Berlín, vértebras de Europa, eran suyas, y con excepción de Atenas, lo mismo podía decirse de toda ciudad importante en Europa oriental. La frontera occidental de Rusia había avanzado desde los pantanos

(5) *Denuncia*, Alexander Solzhenitsyn, p. 66.

del Pripet a la selva de Turingia, una distancia de 1.200 kilómetros, y, como en los días de Carlomagno, los eslavos se encontraban en el Elba y en la selva de Bohemia. La historia europea había retrocedido mil años". (6)

En el Oriente, el botín que recogió Rusia consistió en Manchuria, la mitad de Corea y las islas Sajalin y Kuriles, absurdo obsequio ofrecido por Roosevelt a Stalin para que se involucrase en la guerra con Japón, país ya destruido y derrotado por el esfuerzo y sacrificio de Estados Unidos y Gran Bretaña. Estas graciosas cesiones tendrán para el mundo occidental trágicas consecuencias, ya que Manchuria sirvió para alimentar logísticamente a las tropas de Mao, que vencieron y aplastaron a las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-Chek, quedando China bajo un régimen comunista que luego intervendrá activamente en los conflictos de Indochina, Corea y Vietnam, con catastróficos resultados para Occidente.

Hasta 1945, el Imperio soviético constituía un sólido y compacto bloque continental, pero después de la parcialmente exitosa aventura en Corea agrade a países situados fuera de las fronteras euro-asiáticas, empleando para su expansión hegemónica, con extraordinario acierto, el arma ideológica del marxismo-leninismo, la nueva religión que interpreta al mesianismo ruso, además de explotar falazmente las imperfecciones de la civilización occidental y cristiana. Esta empre-

sa imperialista se desarrolla en un clima que no es paz ni es guerra y que "comenzó clandestinamente; se insinuó al mundo, encubierta por seudónimos: cambio democrático aprobado por el ciento por ciento de la ciudadanía; guerra fría; coexistencia pacífica; normalización; *realpolitik*; *détente*, o sea, convenios comerciales que sólo servían al agresor. Tratando de evitar la Tercera Guerra Mundial a cualquier precio, Occidente permitió se devastase y esclavizara a 20 países y cambiara la faz de la Tierra". (7)

Sobre la sutil y compleja estrategia que emplea Moscú para llevar a cabo su siniestro designio de dominar al mundo, el innovador de la estrategia moderna, General A. Beaufre, opina: "Occidente ha sido arrojado fuera de China y de casi todo el Sudeste Asiático, el Oriente Medio se ha visto agitado. Africa se ha sublevado, el malestar se ha corrido a América Central y a América del Sur. Mas todos estos resultados no son únicamente el producto fatal de la evolución histórica; son el resultado de una utilización juiciosa de las tendencias naturales de la evolución mediante maniobras exactamente calculadas de conformidad con una estrategia muy precisa, la que llamamos estrategia indirecta" (8), y si Occidente no encuentra luego el antídoto para neutralizar o anular el secular expansionismo ruso, muy pronto se cumplirá el ominoso sueño de la dominación mundial que alientan los ocupantes del Kremlin.

(6) *La Dirección de la Guerra*, J. Fuller C., p. 265.

(7) *Denuncia*, Alexander Solzhenitsyn.

(8) *Introducción a la estrategia*, General A. Beaufre.